

se le murió en el vientre la criatura, y estuvo quatro dias hecha sepulcro vivo de su feto muerto. No bastaron humanas diligencias, para que se echasse, y se determinò por ultimo, el inhumano remedio de abrirla con instrumentos, para sacarla à pedazos la criatura, siendo tan fatal el remedio, como su peligro. La pobre muger, que de todas suertes se hallaba en los vmbrales de la muerte, antes que le executasse tan cruel martyrio, pidió le buscasen alguna Reliquia de San Francisco, en cuya intercessión poderosa libraba sus esperanças. Buscóse vn pedazo de su cordón, y à su contacto de repente, y sin dolores arrojò la criatura muerta, y corrompida, y quedó enteramente sana.

Otra muger principal, natural de Narnia, vivia con mucho desconsuelo, porque aviendo tenido algunos partos, y todos peligrosos, se le malograban los hijos. Estaba en cinta de quatro meses, y empezó à melancolizarse con extremo, no tanto de el peligro de el parto, quanto de el desgraciado malogro de los demás hijos, arrebatados con temprana muerte, y lloraba ser ella mas desgraciada por fecunda, que otras por estériles. Con esta mania crecia su aflicción, hasta que noticiosa de los milagros de San Francisco, en esta materia muy frequentes, se encomendò à su patrocinio con fe, ofreciendo esmerarse, si alcanzaba el buen suceso que pedía en obsequio de su Orden. Aquella noche viò en sueños à vna muger, que traía en los brazos vn bellissimo Niño, y se le daba con singular agrado. Ella se resistía à tomarle medrosa de que se le muriese en los brazos, y la muger la alentaba, diciendo: No temas, tomale sin rezelo, que te le presenta San Francisco, y corre por su cuenta la seguridad de su vida. Despertò gozosa, y libre de sus

melancolicas imaginaciones: reformóse en su buena fe, y repitiendo sus promessas, diò à su tiempo à luz vn hermoso niño, que criò con mucho cuidado, y singular estimacion, como prenda, y dadiua de su Santo Protector. Este fuè el logro de su fecundidad, y consuelo de su vejez.

A otra Matrona muy devota suya, que paría siempre hembras, y deseaba mucho vn varon para mayorazgo de su casa, luego que se fiò à su protección, le nacieron de vn parto dos mellizos, en que viò duplicado el cumplimiento de sus deseos.

Otra muger de Arezio padeciò siete dias continuos los dolores de parto, sin efecto: y con evidente peligro, perdidas del todo las esperanças de remedio. Recurrió en su ultimo conflicto à las piadosas aras de San Francisco, el qual se le apareció en sueños, y la preguntò, si le conocía. Sí, Santo mio, respondió ansiosa, bien te conozco por las señales maravillosas de tus llagas. Pues reza vna Salve à MARIA Santissima mi Señora, cuyo auxilio has implorado tantas vezes en tu aprieto, y quiere usar contigo de su misericordia, y que yo sea el Embaxador de esta buena nueva. Despertò la muger, y llena de fe se esforzó à rezar la Salve, y al llegar à aquellas palabras, Muestranos à Jesus fructo bendito de tu vientre, se viò libre de sus dolores, y recobrada de fuerças, diò à luz con felicidad vn niño. Refirió el milagro, entendiendo à sus oyentes en la devoción de la Madre de las misericordias, y de el Seráfico Patriarca.

En Viterbo, vna muger en estremo peligro de la vida, por la dificultad, y dolores de el parto, implorò el auxilio del Sãto, haziendo promessas de esmerarse en sus obsequios. Repentinamente se templaron los dolores, y salió con feliz fortuna de su conflicto. Olvidò

empero, cò el beneficio sus promessas, y en el dia de la fiesta de su valedor, se puso codicioso, y poco reverente à hazer labor, y se le quedó yerto el brago derecho. Aflijida con el repentino fracaso, porfiaba con el izquierdo à corregir, si pudiesse el otro, que tenia validado, y ambos se le quedaron secos, y sin movimiento. Reconociò ser su mal castigo de su ingratitude, y bañada en lagrimas de dolor, pidió perdon al Santo de su torpe olvido, repitiò fervorosa, y escarmentada sus promessas, y el Santo lastimado, le restituyó el uso libre de sus brazos. Otros muchos milagros de este genero omito, por escusar molestia.

CAPITULO XLIV.

Otros milagros de varios generos.

EN los peligros de la mar, que son de los mas fatales, se han experimentado en todos tiempos milagrosos socorros de la piedad de nuestro Santo; dirè vno, ò otro de los mas particulares. Como dos años despues de su Canonizacion, quando estaba mas viva la fama de sus milagros, dieron las velas al viento en el Puerto de Barili vnos navegantes. A pocas millas se torció el temporal con borrasca tan furiosa, que se vieron obligados à echas las anclas; pero los golpes del mar fueron tan recios, que rotos los cables, ò maromas, se quedaron en el agua sumergidos, y el vaso à mucha industria, y trabajo de los marineros, bolvió à tierra. Calmò la tempestad, y bolvieron à zarpar en busca de las anclas, cuyas maromas rotas nadaban en la superficie de las aguas; pero no bastaron diligencias para sacarlas fuera, y repetian votos, y promessas à varios Santos, que llamaban en su ayuda, y siempre sin efecto. Vno de los pasajeros dixo como de burlas: los

Santos antiguos ya no han menester hazer milagros para credito de su santidad. Encomendemos este negocio à este San Francisco, que es moderno, y no desdenará por humilde ser nuestro buzo. Oyeron los demás muy de veras lo que este pasajero dixo por donayre, aunque bien indecente, y con mucha fe, y devoción, hizieron al Santo sus votos con tan pronto, y feliz efecto, que de improviso salieron las anclas à la superficie nadando, como si fueran leves plumas.

Otro navegante, à quien el continuo mareo avia ocasionado vnas ardiertes calenturas, percia de sed, y sin remedio, porque se avia acabado para todos el agua dulce. Era devotissimo del glorioso S. Francisco, y viendose en extrema necesidad, implorò su socorro, y de repente empezó à gritar, diziendo à los que le asistían: traed me agua, que ya S. Francisco lastimado de mis males me ha llenado mi pipa. Pensaron los oyentes, que deliraba; pero viendo sus instancias, y lo poco que se iba à perder en la experiencia, registraron la pipa, y la hallaron llena de agua dulce, con que pudieron socorrer al enfermo, y tomar todos su refresco. De alli à poco tiempo se embravecieron los mares, y à juýzio de los marineros estuvieron en proximo peligro de irse à pique. Este hombre persuadiò à que se invocasse el auxilio de San Francisco en tan desecha borrasca, y à poco rato empezó à dezir: Albricias, que ya nuestro Abogado està con nosotros; salgamos todos à recibirle, y darle gracias de nuestra libertad, y de hecho, puesto de rodillas, y postrado el rostro con las tablas, adorò à su Libertador. No le vieron los pasajeros, pero sintierò el efecto maravilloso de su presencia, en la repentina serenidad de las turbadas olas, y en la perfecta, y subita salud, en que quedó este hombre, q̄ estaba enfer-

mo: y en que con viento favorable llegaron con presta felicidad al puerto, después de tantos peligros.

En el Lago de Reate cayó vn mozo Remero, porteaudo à vnos Religiosos Menores. Estos lastimados de su infortunio, no aviendó podido socorrerle con la industria, recurrieron à la fee de su Santo Fundador, pidiendo le librase a quel pobre mozo bienhechor de su Orden. Sorbieronse las irritadas olas, y se desapareció de los ojos de todos; pero no por esto flaqueó la fee para pedir su remedio. Mucho tiempo estuvo sumergido, al cabo del qual le vieron salir à la orilla sano, y bueno, aviendo corrido gran trecho del lago pisando su profundidad, sin embárazo de las aguas, como pudiera por la arena seca. Lo mas admirable de este prodigio, es aver salido à la orilla enjuto, y sin leve señal, de que à sus ropas huviesen tocado las aguas.

Zograbá à la vista del Puerto de Ancona vna nave, rotos yà los arboles, perdido el timon, apurados de fuerças, de industrias, y de esperanças los Marineros, esperando por instantes quedar sepultados en las aguas, hechos pasto de los pezes. En esta extrema calamidad, clamaron los pasajeros al Glorioso San Francisco, haziendo voto de visitar su Santo Sepulcro: y hecho este, se apareció delante del navio vna gran luz, que le sirvió de Norte, hasta ponerle có seguridad en el Puerto, sin que fuesen poderosas à embarrasar su salvamento, ni la violencia de encontrados vientos, ni la furia de las amotinadas olas. Asistió los esta luz, hasta que saltaron en tierra, y desapareció dexandolos en la seguridad más firmes en la fee de su Patron, y en su devoción más fervorosos. Los milagros de este genero son innumerables, y cada dia repetidos.

En tiempo que el Rey Duarte de Inglaterra traia guerra con los Escoc-

ses, era vno de los Cabos principales de su Exército vn noble Gascon, llamado Amaniero de Lebrero, devotissimo de San Francisco. Este con su Terçio trabó vna sangrienta escaramuza con el enemigo, que estava mas pujante. A pocos lances, quedó derrotado el Inglés, y el Escocoz victorioso seguia la victoria. Amaniero desamparado de los suyos, que redimieron en la fuga su peligro, quedó solo en el combate hecho blanco de las saetas enemigas. Herido, y desangrado el cavallo, no podia dar passo; y viendose en riesgo tan inevitable de perder la vida, pidió socorro con vivissima fe à su Santo Patron. Aparecióse este en el ayre, y la lluvia de saetas, que bolavan contra Amaniero, las recibia en les mangas, y en esta forma se mantuvo, hasta que cerró la noche, y se retiró el enemigo, y el Santo desapareció. Quedó el hombre en el campo solo con el cavallo rã mal herido, que no podia retirarse, sin grande peligro. Determinó ocultarse aquella noche entre vnos arboles, esperando la luz del dia para tomar camino. El desvelo, el horror de la noche, y la funesta imagen de su peligro, llenaron su entendimiento de melancolicas aprehensiones, y poseído de la tristeza, no tuvo mas apelacion para salvar la vida, que recurrir à la piedad de su devoto, que le defendió en el conflicto de la refriega, con fineza tan maravillosa. Apareciósele segunda vez el Santo, y consolándole con dulces palabras, le dixo, que desechasse sus temores, y montasse à cavallo, y le siguiesse. Hizolo así, y le conduxo por medio de los batallones del enemigo con seguridad, hasta ponerle en salvo, y en los quarteles de su Exército. En este punto se cayó muerto el cavallo, para que de todas suertes se vísse mas claramente el prodigio. No fué solo este el favor de Amaniero, debido à su fiel Protector, porque poco tiempo después

pues le debió otro de mayor móta, pre viniendole de vn gran peligro, en que huviera perecido con toda su familia. El caso pasó así. Estaba en vn Castillo suyo Amaniero, con toda su familia; y dixo à su muger vna tarde: vamos, Señora, al Convento de San Francisco à beber del vino de nuestra viña. Esta viña estava cerca del Convento, y daba toda su cosecha todos los años de limosna à los Frayles. Estrañó la muger este combite, como cosa, que otra vez no avia sucedido. Salieron del Castillo marido, y muger; con el resto de la familia, menos vna hija suya, niña de poca edad. Estando en el Convento gustosos, oyeron vn ruydo espantoso, que estremeció la tierra. Salieron à ver, que fué, y vieron, que se avia venido al suelo desplomada la mayor parte de su Castillo. Temieron, que huviesse quedado sepultada la niña en la ruyna; pero fué Dios servido, de que esta travefearde se huviesse salido fuera, y espantada de la ruyna, se vino corriendo al Convento en busca de sus padres. Dieron gracias al Señor, que por los merecimientos de su siervo los avia librado de tan fatal, como desimaginado peligro, en que huvieran perecido todos inevitablemente.

Vn Cavallero de Arevalo, llamado Don Fernando Verdugo, mató à vn Hidalgo, natural de Segovia, con quien avia tenido largas emulaciones sobre puntos de honor. Retiróse después à vna Aldea, donde tenia parte de hacienda, y vna cañeria en el campo, donde podia guardarse de las asechanças de los deudos del muerto. Tenian estos muy viva la memoria de su agravio, y no perdian ocasion de solicitar la vengança. De las espías, que para este efecto tenían puestas, supieron, que todas las mañanas salia Don Fernando à lavarse à vna fuente, que estava entre vnos arboles, frente, y no lexos de su cañeria, y parecióles, que así la

soledad del sitio, como el tiempo, en que frequentaba la fuente, que era por la mañana, eran muy à proposito para executar à su salvo sus depravados intentos, y quitarle la vida. Era este Cavallero devotissimo de San Francisco, y en este retiro no tenia mayor diversion, ni consuelo, que la compañía de vn Religioso de su Orden del Convento mas cercano, que le dezia Missa, y comia con él à su mesa todos los dias festivos; por lo qual socorria con largas limosnas al Convento. Espiaró los enemigos à Don Fernando al salir de su cañeria, y entre los arboles le perdieron de vista; pero ciertos por el informe, de que le hallarian en la fuente lavandole, se fueron à ella, y vieron solo à vn Frayle Francisco, que se estava lavando las manos, y la cara. Padre, dixeron, ha llegado aqui, ò ha pasado vn hombre aora de estas señas? No he visto à ninguno; aqui he venido solo à lavarme à esta fuente, y no siento, que aya pasado alguno. Quedaron los hombres confusos, sin saber como en tan corta distancia se les huviesse escapado su enemigo. Dieron bueltas por el bosque, y no descubrieron rastro; y bolviendo à la fuente, vieron al mismo Frayle sentado en su margen, con gran sosiego. Este que les pareció Frayle Francisco era el mismo Don Fernando, à quien buscaban y quiso Dios por intercessión del Santo Patriarca, trocar en todos las especies, desuerte, que ni Don Fernando conociesse à sus contrarios, siendo vno de ellos hermano del muerto; à quien avia tratado, y comunicado familiarmente: ni ellos conociesen à Don Fernando, à quien vieron en habito de Religioso. Conocieron el milagro, en que figurado después al que tuvieron, y hablaron por Frayle, quando entró en los vbrales de la Quinta, le vieron en habito seglar, y conocieron ser el que buscaban, Palmados, y confusos con este successo,

confirieron entre sí, que expediente tomarian; y el hermano de el muerto, como mas interesado en la vengança, cedió su agravio, y dixo à los demás, que à hombre, à quien Dios guardaba con tan singular providencia, y à quien así defendía San Francisco, no le quería tener por enemigo, sino obligarle à su amistad, perdonandole las passadas injurias. Con esta generosa resolución se entraron (dadas todas las cauciones de paz) en la Quinta, y le dixerón: Señor Don Fernando, pues Dios por San Francisco, os defiende con tan manifiesto milagro, no fuera razon, y fuera temeridad, no deponer nuestro enojo. Venimos antes à daros muerte, y aora venimos à pedirnos perdon de averlo intentado, y à solicitar vuestra amistad. Qual quedaria este Cavallero, viendose libre de tan fatal peligro, pudiese la discrecion. Admitió gustoso la amistad, que le ofrecian, y ofreció dar satisfacion, la que cupiese de el passado agravio. No hubo que hazer nada en este punto; porque la muerte se la dió à su competidor cuerpo à cuerpo en la campaña, y no hubo en ella circunstancia alguna, en que pudiese melindrear la nobleza. Hechas y à las amistades, dieron à Dios las gracias todos, y celebraron esta buena fortuna, haziendo fiesta al Serafico Patriarca, à cuya proteccion se debió toda. Referia despues Don Fernando, no sin lagrimas de devocion, este suceso, ponderando mucho, que quando vió en la fuente aquellos hombres armados, teniendo tanto de que rezelarse, no le dieron cuydado, ni le ocurrió su peligro, y que debió à su fiel Patron, no solo librase de la muerte, sino tambien de el susto.

CAPITULO XLV.

De algunos ciegos, que cobraron vista por la intercession de el Serafico Patriarca, y de otros milagros.

EL Venerable Fr. Iluminato fue ciego à nativitate, y hasta los diez años de su edad. Hizo sobre sus ojos el Santo Patriarca la señal de la Cruz, y le dió vista, profetizando le sería Varon en virtudes esclarecido, honra de su Religion. De este suceso milagroso tomó el nombre de Iluminato, y de los progresos grandes, que hizo en la Religion Serafica; en el exercicio de las virtudes llenó las esperanças de su nombre, siendo muy ilustrado de divinas luzes; por lo qual en las dadas mas arduas de espíritu, solia consultarle el Serafico Maestro, por el gran concepto que tenia de su elevado espíritu. En el Convento de Napoles avia vn Religioso, llamado Fr. Roberto, ciego de muchos años, por vna carnosidad, q se le avia hecho sobre los ojos, tan monstruosa, que no podia mover los parpados. Este llegó à enfermar de tanto aprieto, que recibidos todos los Sacramentos, le llegaron à encomendar el alma. A esta razon se avian juntado en este Convento Religiosos de diversas Provincias Misionarios, para embarcarse à Regiones de los Infieles. La dificultad de esta empresa tenia oprimidos sus coraçones, aunque el zelo de la gloria de la Cruz los tenia sacrificados en las aras de la obediencia. Quiso el Serafico Patriarca quitarles estos temores, y tomó por medio aparecerse al moribundo Fr. Roberto en compañía de S. Antonio de Padua, y de los bienaventurados Fray Augustin, y Fr. Jacobo de Assis. Llegóse à la

ca-

cama del enfermo, y con vn cuchillo le cortó toda la carnosidad superflua, que le embarçaba la vista; y haziendo en el la señal de la Cruz, le dexó entera, y subitamente sano de su mortal dolencia. Aviendo el Santo restituido la salud, y asegurado la vida, le dixo: Fray Roberto, esta misericordia que he usado contigo, sea señal, y fiel testimonio, que haga fec para tus hermanos los Misioneros, à los cuales alentarás en nõbre mio, para que resignados en la obediencia ligán su vocacion de padecer por los credits de la Fè, y bien de las almas, que yo los asistire en todos sus trabajos, y tribulaciones.

En Zacanto, poblacion sugeta à la jurisdiccion de Agnania, vivia vn Soldado, llamado Gerardo, que cegó de los excesos de su luxuria. Estaba bien acomodado de bienes de fortuna, y cõ ellos socorria à los Religiosos Menores, albergandolos en su casa, por especial devocion, que tenia à su Santo Patriarca. Llegaron vn dia à sus puertas dos Religiosos Estrangeros, muy estropeados del camino; informado de su desnudez, y necesidad, los proveyó copasivo de todo lo necesario para la profecucion de su viage. Los Religiosos agradecidos à tanta piedad, y lastimados del trabajo de su ceguera, hizieron especial Oracion à su Serafico Padre, por este hombre. Aparecióse el Santo al vno de ellos, y le dixo: Buelve à Gerardo nuestro amigo, y dile de mi parte, que tiene à Dios ofendido con los deslizes de su liviandad, y que está mal confessado. Que haga vna buena confession de todas sus culpas, con firme proposito de la enmienda, y cobrará arrepenido la vista, que perdió por incontinente. Bolvió el Religioso à dar su embaxada, y el hombre se quedó confuso, viendo descubierto el mal estado de su conciencia. Hizo su examé con todo cuydado, confesóse con el Religioso con muchas lagrimas de do-

lor; y recibiendo la absolucion de sus culpas, se vió à vn tiempo mismo libre de ambas ceguedades de alma, y cuerpo. La fama de este raro prodigio, no solo avivó la devocion al Glorioso Santo, sino desperró à muchos del pesado letargo de sus culpas; para hazer de ellas penitencia.

Vna Señora del Reyno de Portugal, governaba los Lugares de su jurisdiccion con tyrania; haziendo à sus vassallos grandes extorsiones, y injusticias. De todo este desbarate era causa vnica vna criada que tenia; por cuyo consejo, y direccion obraba; qual sería la direccion, y el consejo, siendo la criada en la apariencia muger, y en la realidad demonio, à quien dexada de la mano de Dios avia hecho entrega de sí. Dióla à esta Señora la enfermedad vltima, y desconfiada de su salvacion, sintiendo el intolerable peso de sus culpas, no quería cõfessarse, persuadida malamente, à que no hallaria en Dios misericordia, quien tenia cõtra sí irritada su justicia. Trabajaron mucho en disuadirla de este horrible engaño los Religiosos Menores, de los cuales por devocion de San Francisco, y de San Antonio de Pádua, era biehechora. Esta sola centella de Christiana piedad, se conservó siempre viva entre las frias cenizas de su relaxada vida. Alentaron la los Religiosos con santos consejos, asegurádola, que siempre el peccador hallaria abiertos los braços de la misericordia Divina, si cõ dolor verdadero de sus culpas recurria à las fuentes de la gracia, que son los Sacramentos; y que en el de la penitencia lavaria con sus lagrimas las manchas de su conciencia, haziendo vna buena confession. Que confiase mucho en la intercession de sus Santos devotos, que serian sus valedores, y Abogados en su causa. Persuadida la muger con la eficacia de estas verdades, hizo confession de sus enormes culpas, con grandes

des demostraciones de verdadero arrepentimiento; renunció la entrega, que de sí tenía hecha à Satanàs, abjurando su error, y libertandose de su tirania. Pidió perdon, y dió satisfacion de los agravios hechos con exemplo, y edificacion de todos; y recibidos los Sacramentos, murió dexando de su salvacion bien fundadas esperanças. Mandóse enterrar en vn Còvento, que estába distante algunas leguas del lugar donde murió. Acompañaron el cadaver entre otros vn Capellan fuyo, al qual viniendo de buelta del entierro, caminando de noche, se le puso delante vna formidable sombra, que le llenó de assombro. Conjurala valiendo se de la potestad Sacerdotal, y la sombra, ó bulto le habló en esta forma. Yo soy el demonio, que en forma, y figura de muger he asistido catorze años à tu Ama con pacto de que sería mia; pero dos capilludos pobretones, que la asistieron en su muerte, la sacaron de mi poder, y me dexaron burlado: pero podré poco, ó ellos me pagarán bien la burla. Y porque no pientes, que te engañó, en señal de que es verdad lo que te digo, quando llegues à tu lugar, hallarás vna novedad, que le tiene alborotado, porque esta noche vn herrero ha muerto à su muger por sugestiones mías. Ella se condenó, y el marido está preso, pero tan obstinado, que espero, que tambien será mio, y procuraré refarcir la perdida, que hize en vn alma con la ganancia de dos. Quando llegó al lugar, halló ser verdad la muerte de la muger, y que el marido condenado al suplicio de la horca, estaba rebelde para confesarse, y procuró con zelo de su salvacion quebrantar su obstinacion, y dureza.

En el mismo Reyno de Portugal, avia vna muger, à quien su marido daba muy mala vida, divertido con otra; por lo qual, no solo no hazia vida maridable con su propria muger; pero añ

la trataba con gran crueldad. Estos zelos, y los malos tratamientos la pusieron à la triste en tan extrema desesperacion, que aborreciendo la vida, determinó quitarsela en vn laço. Como el marido dormia en casa de la manceba, vna noche instada de la sugestion del demonio, se subió à vna camara, y puso pendiente de vna viga vn laço para ahorcarse. Era esta pobre muger devotissima de San Francisco, y de San Antonio, y en reverencia suya bienhechora de su Orden. Estando, pues, disponiendo el laço, los Santos la socorrieron en tan fatal aprieto en esta forma. Llamaron à la puerta de su casa còrcios golpes, y ella dexando la obra, baxó à ver quien llamava, y vió ser dos Religiosos Menores, que llegavan de camino, y la pedian por amor de Dios, que los hospedase. Ella lo hizo con gran benignidad, y conversando con ellos, les preguntó de donde eran, y respondieron ser Estrangeros, que venian de Regiones remotas, que el vno se llamaba Fr. Francisco, y el otro Fr. Antonio. En la conversacion de sus huéspedes se halló la muger toda mudada, dilatado su coraçon, libre su entendimiento de sus funestas imaginaciones, y la voluntad arrepentida de sus locos intentos. Refirió sus trabajos, y los Santos culparon su despecho, y la aconsejaron la paciencia, con que los podia hazer preciosos. Quando pareció hora competente para recogerse, les dispuso las camas, y ella se recogió libre yà de las antiguas sugestiones. En esta hora se aparecieron los Santos al marido, y le dixeron ser San Francisco de Assis, y San Antonio de Padua, que le intimabã de perte de Dios, que dexasse la illicita, y escandalosa correspondencia de aquella muger; y estimasse à la propria; à quié por sus malos tratamientos avia puesto en extremo peligro de perderse, quitándose la vida desesperada en vn laço. Que si en termino de tres dias no

da.

daba buen cobro à las cosas de su conciencia, con firme propósito de corregir su mala vida, se la quitaria Dios malamente con fin desaltrado, y eterna perdicion de su alma. Que fuesse à su casa, y en la camara mas alta veria pendiente el laço, en que su muger huviera perecido aquella noche, si ellos no la huviesen focorrido, y que supiesse, que la defensa, y seguridad de aquella muger corria por su cuenta en premio de su cordial devoción. Dicho esto, se desparecieron, y el hombre confuso, y desparovido se fué à su casa: llamó à la puerta, y la muger salió à abrir; pero asustada, temiendo de la indigestion de su marido, que llevasse mal el aver recibido à los Religiosos. Luego que la vió el hombre, la preguntó, que donde tenia el cordel con que se avia querido quitar la vida. La muger se pasmó, y de confusa no se atrevió à hablar palabra. Pero el subiendo à la camara, le vió pendiente de la viga. Baxó, y pidiendo perdon à su muger de los malos tratamientos, la dió: cómo se avia librado de aquella fatalidad por San Francisco, y S. Antonio, y que él estaba arrepentido de sus culpas, y veria en el tal mudança, que no tuviesse mas ocasion para sus tristezas. Alentada la mu-

ger con esta noticia, dixo como aquella noche avia focorrido, y hospedado en casa à dos Religiosos Menores, que llegaron à deshora necesitados; y quando a registrar la pieza donde estaban las camas, no hallaron à ninguno, y las camas compuestas, con que acabaron de reconocer la buena fortuna de su casa con tales huéspedes. Confesóse el hombre, y mudó de vida, viviendo en mucha paz con su muger, y ambos consagrados al obsequio de sus Santos valedores, dieron buenos exemplos de piedad.

Omito la relacion de otros muchos, porque conduciendo su noticia solamente à ser incentivo de la devocion: está en la de todos tan entrañado este humano Serafin, que para este fin estuviere de mas esta diligencia. Tambien omito otras noticias, que conducen à su mayor gloria, que tienen su origen de varias revelaciones, que en tiempos sucesivos tuvieron personas de insigne santidad: porque solo he querido valerme de aquellas, que escribieron los primeros, y principales Chronistas, las cuales autorizadas con la antigüedad de tantos figlos, y con el testimonio de Escritores tan Santos, son venerables.

